

En tres campos destacó el antropólogo Ricardo Pozas. En el terreno etnográfico cuenta su magna obra titulada *Chamula. Un pueblo indio de Los Altos de Chiapas* publicada en 1959 y producto de su investigación en el mencionado pueblo tzotzil, realizada a fines de 1945 y principios de 1946. Su segunda incursión, y a la vez única, es en el terreno de la biografía. Fiel a su vocación de educador quiso dar a conocer al lector común, no al especialista, la situación sociocultural de los chamulas a través de la historia de vida de un individuo que reflejase la de su pueblo. *Juan Pérez Jolote. Biografía de un Tzotzil* se publicó en 1948. Meses antes, en junio, Pozas había regresado a tierras chiapanecas con Alberto Beltrán, autor de los grabados que embellecen esta primera edición, tomo de *Acta Antropológica*, publicación de los alumnos de la Escuela de Antropología e Historia a la cual había ingresado Ricardo Pozas a la edad de 28 años ya formado en las filas del magisterio rural, de donde pasó a estudiar en la Normal de la ciudad de México. Su vocación de maestro, pedagogo y catedrático, inquieto por la historia y los problemas sociales le llevó a ingresar, en 1940, a la recién constituida Escuela de Antropología. Aquí recibió las técnicas de investigación que aplicó en el estudio, tanto de las situaciones rurales como las urbanas (Vázquez León. *La antropología en México*, tomo 11: 234).

El mismo autor consideró que su estudio sobre Chamula reflejaba, solamente, la realidad objetiva y faltaba la precisión de conceptos, tercer campo al

que penetra en afán de construir teoría. Su visión del indio la amplía al analizar su convivencia con el medio urbano. Hacia 1953 transmite en dos páginas los problemas de adaptación del indígena al trabajo en la industria y, por ese motivo, se le considera pionero de los estudios sobre los mecanismos de explotación de la mano indígena (Carlos García Mora. *La Antropología en México I*: 84.). Para orientar el mejor desenvolvimiento de las comunidades rurales compone el manual *El Desarrollo de la Comunidad* subtítulo *Técnicas de Investigación Social*, editado en 1961, donde presenta su concepto de cómo debe ser el promotor del cambio social y económico. Su manual no le satisface; quiere precisar conceptos, deseo que parece lograr en la obra que, 10 años más tarde publica a la alimón con su esposa: *Los indios en las clases sociales de México*. En este libro logra reconocer al indio como clase social, catalogación que no precisaba en el estudio de los chamulas. Además, este libro lo considera como un diseño para llegar a saber lo que es el indio, tarea que queda aplazada. La obra refleja la ideología con que Pozas estaba nutrido desde su trabajo como profesor en escuelas de diversos niveles; era un hombre de la década de los 30, la de la educación socialista. Sin embargo, su contribución dentro de lo que podemos llamar, de manera provisional, antropología científica, no supera su primera y única incursión en la antropología que suelen calificar como literaria, campo en el que trotó, y trota, de manera insuperable.

Juan Pérez Jolote trasluce una fresca y espontánea simpatía; la obra huele a humo de la leña elevándose al pie de la choza en cuyo interior estamos. Su significado resalta más al considerar la literatura que nos nutría en los inicios de la década de los 40. En esos mis años de inicial juventud, mirábamos al interior de la patria leyendo maravillados *El alma misteriosa del Mayab*, que nos trasladaba al mundo del indio maya desvalido en lo económico, pero rico en relatos. Nuestro sentimiento hacia el hombre autóctono se complementaba con la lectura de *El Indio*, novela de Gregorio López y Fuentes, nativo de la Huasteca Veracruzana, donde había trabajado como maestro rural y convivió con los nativos a quienes retrataba a través de un escaparate, pues su novela empezaba con la llegada del hombre en busca de oro, en alusión a la Conquista. Desde lejos se contemplaba al indio víctima de abusos, descrito con sus costumbres. El indio no hablaba. La novela fue premio nacional de literatura 1935 y los relatos yucatecos de Luis Rosado Vega se publicaron en 1934. En esta década apenas empezaban las carreteras y el querer conocernos a nosotros mismos. Es el año de la primera edición de *El perfil del hombre*, en cuyo capítulo "Psicoanálisis del mexicano", Samuel Ramos, en referencia al hombre de la ciudad, expresa que carga un complejo de inferioridad y aclara que, de momento, el indio no será objeto de esas investigaciones sin dejar de proclamar que "Ninguna cosa mexicana puede sustraerse a este influjo, porque la masa indígena es un ambiente denso que envuelve todo lo que hay dentro del país". (*Obras Completas*, 41, UNAM, p. 122).

En la década de los 30 apenas se iniciaba el estudio de los grupos étnicos. Uno de los primeros antropólogos que penetra en Los Altos de Chiapas es Alfonso Villa Rojas; en 1938 andaba en Oxchuc (Alfonso Villa Rojas. *Etnografía Tzeltal de Chiapas*, 1990, p. 17). Luego, llegarían otros como Pozas, que en 1942 estuvo en Zinacantán dos meses. En los inicios de la década de los 40 leímos, pues, novelas o cuentos que no eran producto de una investigación directa, por eso al aparecer *Juan Pérez Jolote*, en 1948, hubo un acercamiento que se nota en las frases iniciales de estos relatos. En *El Indio*, el autor trata de provocar una sensación de drama: "La llegada de tres hombres extraños sembró el espanto", mientras que el chamula proclama un origen, una pertenencia: "La tierra de mis antepasados está cerca del "Gran Pueblo" en el paraje de Cuchulumtic".

"Este libro no conduce a controversia alguna" —comenta Andrés Medina—, "sencillamente ilumina de una manera elocuente sobre una parte de nuestra realidad nacional, ya no en el lenguaje estereotipado de la retórica indigenista, o el barroquismo costumbrista del romántico, sino en la lengua que corresponde a su condición cultural y a la tradición dialectal regional". Medina le concede importancia por haber aparecido en una época crítica de la literatura nacional, cuando se ha abandonado la novela de la revolución y dice que se pasa por un momento de introversión en que se busca "lo mexicano" (Andrés Medina. *La quiebra política de la antropología social en México*, 1986, II, p. 218).

Es la primera vez que el indio habla y lo hace en lengua castellana.

A través del habla de Castilla informa al autor, quien estructura el relato en el que expone el proceso de adaptación que sufre el indio tzotzil. El biografiado huye de su casa, va a las fincas y luego se enrola en las filas de la revolución mexicana, etapa durante la cual aprende el castellano y va olvidando el tzotzil. Al regresar a su comunidad permanece encerrado varios meses en su casa hasta que recuerda cabalmente el habla materna y entonces se pone el chamarro, prenda con la que se siente identificado como chamula. Entonces su alma pertenece a la comunidad y solicita desempeñar cargos religiosos.

Antes de hacer esta nota sobre Ricardo Pozas visité Chamula, pueblo al que había ido hace muchas décadas, durante las cuales ha sufrido un cambio en su aspecto externo. En su plaza, antes despejada, las casas abundan siendo de material. Sin embargo, me admiró que se conserve la indumentaria y que el interior de la iglesia mantenga su atmósfera oscura sustentada en un piso cubierto de velas

encendidas como si se tratase de darle mayor importancia a la tierra. En esa penumbra, una que otra persona rezaba en voz alta y retumbante. En las paredes, los santos en sus cajas altas. El pecho de uno de ellos cubierto con un espejo donde el rostro del visitante se refleja. Juego de espejo en el que el santo aprehende el alma. Los curanderos en el piso recuperando el alma de los niños sostenidos en brazos por su madre. El interior del templo me produjo la impresión de que se mantenía vivo Juan Pérez Jolote, quien en la parte final del relato se queja de que no puede dejar de tomar y por eso ha dejado de comer, comentando que así murió su padre, siendo la frase final del relato: "Pero yo no quiero morirme. Yo quiero vivir". Y Ricardo Pozas le cumplió su deseo, literariamente, y a la vez, el mismo autor vive a causa del biografiado. Como si el juego de espejos se hubiese dado. Yo reflejo y a mí me reflejan.

*Roberto Williams García*

